

En 1674 vióse claramente que para llevar á feliz cima la empresa contra Holanda habría sido menester obrar rápidamente y que la falta de haber perdido el tiempo en los dos primeros años era irreparable. La obra de Lionne, toda aquella coalición contra las Provincias Unidas, no podía ser muy duradera; la alianza entre Inglaterra y Francia fué la primera que se rompió.

Si Carlos II hubiese querido solamente arruinar á Holanda, Inglaterra le habría dejado hacer gustosa; pero aquél había revelado otros propósitos al publicar, casi al mismo tiempo que la declaración de guerra, una declaración de indulgencia para los disidentes y los católicos. La política religiosa de Luis XIV comenzaba á alarmar á los países protestantes, y en la Cámara de los Comunes se decía: «Antes la nación más rigurosa en materia de religión era España; ahora es Francia. El nuncio del papa ha recibido orden de no oponerse al progreso de las armas francesas.» Inglaterra sentíase en peligro de volver á ser papista; no teniendo Carlos hijos legítimos, había de heredar la corona su hermano el duque de York, el cual era católico, y después de haber perdido á su primera esposa, que se había convertido al catolicismo, se casó, en 1673, con María de Módena, católica, sobrina segunda de Mazarino y perteneciente á una familia cliente de Francia. Con ocasión de este matrimonio, negociado por Luis XIV, exacerbóse la oposición parlamentaria, enardecida por el mal éxito de la guerra y también por el mal estado del comercio, ya que después que España se hubo puesto al lado de Holanda, las mercancías inglesas hubieron de temer á los buques españoles lo mismo que á los holandeses. Coligados los negocios y la religión contra el rey, la Cámara de los Comunes votó que la alianza francesa era «un perjuicio,» palabra temible cuyo significado conocía bien Carlos II. En 20 de noviembre de 1673 Croissy escribía á Luis XIV que ya no había en Inglaterra «nadie que no estuviese persuadido de que la alianza de los dos reyes sólo se había contraído para implantar en Inglaterra la religión católica y un poder arbitrario; que cada cual decía de ella muchas cosas que se acercaban á la realidad y que habían colmado de furor y de rabia los ánimos; que no quedaban ni tres hombres en la corte, ni en las tropas y en la flota, ni en las provincias, de quienes dicho rey pudiese estar seguro; y que no había que esperar poder llevar á cabo la recluta de soldados y marineros, ni siquiera obligar á los oficiales á servir, porque, además de que el espíritu del Parlamento ó más bien el veneno se ha difundido por todo el pueblo, se ha inspirado una desconfianza tal contra los franceses, que sería imposible hacerles combatir juntos.»

Luis XIV apeló á su recurso habitual, el subsidio al rey; pero para poner á Carlos II en condiciones de poder prescindir de su Parlamento, que fué prorrogado en noviembre, habría sido preciso que Francia se hubiese hecho cargo de todo el presupuesto de Inglaterra. Luis XIV dió aún mucho dinero, pero no dió bastante. Regaló la tierra de Aubigni en Berri á la linda muchacha que Madama había llevado á Douvres, debiendo dicha tierra ser reversible «á aquel de los hijos naturales de nuestro hermano el rey de la Gran Bretaña á quien éste designe,» según dicen las letras patentes de diciembre de 1673. Esos procedimientos resultaban

mezquinos ante la voluntad nacional de no dejar establecer en Inglaterra «la religión católica y un poder arbitrario.» Carlos II vióse obligado á renegar de la declaración de indulgencia y se desdijo lo menos vergonzosamente que pudo de las promesas hechas á Luis XIV, á quien hizo preguntar en qué condiciones entraría en tratos con Holanda. Al mismo tiempo daba oídos á las proposiciones que en nombre de los holandeses le transmitió el embajador de España y á las cuales su Consejo decidió contestar. En aquel entonces, el Parlamento, al que había sido necesario volver á convocar, votó la exclusión de dos ministros que estaban al servicio de la política personal del rey de Francia. Carlos II, que por la historia de la Revolución de Inglaterra sabía lo que esto significaba, entendió «que debía pensar, sin pérdida de momento, en todo lo que había de facilitar la paz» y, en 1.º de febrero de 1674, suplicó á Luis XIV que consintiera la negociación particular de Inglaterra con Holanda y, al día siguiente, sin aguardar la respuesta, comunicó al Parlamento las proposiciones holandesas. Luis XIV aceptó lo que no podía evitar: «Os compadezco por ello, dice con su hermoso tono regio, en vez de quejarme. Espero de vuestro afecto que, cuando no podréis apoyar mis armas contra enemigos que dejan de serlo vuestros, contribuiréis gustoso, en la continuación de este asunto, á darme pruebas de vuestra amistad.» En 19 de febrero de 1674 firmábase en Westminster la paz entre Inglaterra y Holanda.

El castillo de naipes de las alianzas renanas se derrumbaba; el ministro Pomponne ha descrito en sus *Memorias* ese derrumbamiento. Todos los aliados se consideraban engañados por Francia. Los subsidios prometidos al obispo de Paderborn no fueron pagados, y no se vió mejor tratada Múnster; Neuburg, abrumado por los ruinosos pasos de las tropas francesas, por la indiferencia con que sus quejas eran acogidas y por la cesación de los subsidios, se pasará al emperador después de las violencias cometidas en 1675 por un cuerpo francés que saqueó varios castillos; y lo propio hará Osnabruck, á causa de lo mal que le han pagado lo ofrecido. El elector palatino quejase de los desórdenes cometidos en 1673 en sus tierras y de que Louvois mande en el Palatinado como si estuviera en casa propia, y «manifiesta que está dispuesto á hacer lo que requiera el servicio de Su Majestad, pero pide que, á lo menos, le digan lo que Su Majestad desea, pues sabiéndolo daría las órdenes necesarias; de lo contrario, ya no sería soberano de sus Estados y sería más desgraciado que cualquier gobernador de provincia, porque á éste siquiera los comandantes le pedían la venia antes de ejecutar las órdenes recibidas del rey.» Después de una razzia violenta que algunos jinetes franceses realizaron hasta las puertas de Heidelberg, el elector organizó algunas compañías montadas para proteger á sus súbditos, y habiendo sido por ello censurado, estableció negociaciones con el emperador; Turena entonces le incendió cinco ciudades y veinticinco aldeas, siendo éste el primer incendio del Palatinado. El elector de Maguncia, Felipe de Schoenborn, fallecido en 1673, habíase separado del rey de Francia, por comprender, él, que «deseaba la paz sobre todas las cosas y singularmente la de su patria,» que Luis XIV «se había

apartado de los partidos que podían darle;» y su sucesor negoció con el emperador en marzo de 1674. El arzobispo de Colonia ha perdido una gran parte de su electorado, en donde se han instalado los imperiales; los Fürstenberg le mantienen en la alianza francesa, y uno de ellos, Guillermo, le representa en el congreso de Colonia. En 1674 el emperador manda prender á éste y encerrarle en una cárcel de Viena, y Luis XIV protesta contra ese atentado al derecho de gentes y retira del congreso á sus enviados, con lo que terminan las conferencias de Colonia. Pero en 11 de mayo el elector trata con Holanda. El día 1.º del mismo mes el Reichstag declara la guerra á Francia en nombre del Imperio, y en 1.º de Julio Brandeburgo rompe el tratado de Vossem y reproduce los antiguos convenios con el emperador. Un solo príncipe, en todo el Imperio, permanecía fiel á Francia, el elector de Baviera, que recibió treinta y cinco mil libras para reclutar tropas y veintiocho mil escudos mensuales; gracias á esto, sostuvo en pie de guerra un hermoso ejército y el emperador no se atrevió á atacarle ni á hacer vivir tropas en sus tierras.

Fuera del Imperio, no le quedaba á Francia más que un aliado, Suecia, y aun ésta comprometida únicamente bajo ciertas condiciones á una acción común. Dinamarca era aliada del emperador desde el mes de enero.

Durante el año 1674, ruinoso para nuestra diplomacia, los ejércitos franceses combatieron en el Franco-Condado, en Flandes, en el Rhin y en los Pirineos. El rey se había reservado la conquista del Franco-Condado, y mientras operaría en aquella provincia, Turena, en Alsacia, contendría á los imperiales, y el duque de Lorena y Condé, en los Países Bajos, á los españoles y á los holandeses.

Luis XIV y Vaubán tomaron, en mayo y junio, Besanzón y Dole. El rey habíase llevado consigo la corte y, salvo algunas incomodidades, vivía como en Saint Germain y en Versalles: «Los violines y los oboes, dice Mademoiselle, estaban siempre presentes en la comida y en la cena del rey, y los últimos tocaban de noche en el paseo... Mientras el rey estaba en el Consejo y la reina rezaba, jugábase á la *ferme* (una especie de lotería) en casa de la señora de Montespán.»

Condé, apenas se restableció de la gota, de la fiebre y de las sangrías, fué á encargarse, en 8 de mayo, del mando de su ejército en Tournai, y marchó hacia el Mosa para salir al encuentro de algunas tropas francesas compuestas de las guarniciones retiradas de Holanda, en donde sólo quedó la de Grave, en el Bajo Mosa, como último vestigio de la conquista. Condé llevó su ejército reforzado al Sambre á fin de defender el camino de París, y en junio hubo de preocuparle un deseo expresado por el rey, quien, en vísperas de terminar los sitios del Franco-Condado, se proponía tomar alguna ciudad de Flandes y encargaba al príncipe que le escogiera, á ser posible, una plaza de primera categoría. Condé no se atrevió á oponerse abiertamente á los deseos del rey poliorceta, y le suplicó que «indicara á cuál sitio se sentía Su Majestad más inclinado;» pero temía que un sitio arruinase al ejército en los comienzos de una campaña que, en su concepto, había de ser seria y peligrosa. Afortunadamente la idea fué abandonada. Otros cuidados se imponían más que la toma de ciuda-

des; en efecto, el príncipe de Orange y Monterrey pidieron al señor de Souches, que operaba en el Mosa con un cuerpo de imperiales, que se juntase á ellos, y á fin de mes los tres ejércitos aliados, formando un total de más de sesenta mil hombres, hallábanse reunidos en Dyle. Condé, para hacerles frente, había acampado á once kilómetros al Norte de Charleroi, en un cerrillo rodeado de bosques y de dos riachuelos, uno de ellos el Pielón, afluente del Sambre. El campamento del Pielón era inexpugnable.

Los coligados resolvieron no atacarlo y dirigirse á la frontera de Francia, flanqueando las posiciones de Condé, y en 11 de agosto emprendieron la marcha siguiendo el camino de París, en el que estaban situadas las plazas españolas del Escalda, Valenciennes, Bouchain y Cambrai. Condé dejó que aquellas largas columnas desfilaran por el terreno cubierto de bosque, lleno de cerros y pantanosos, y cayendo sobre la retaguardia, que se había detenido en Seneffe, la destruyó casi enteramente. El príncipe de Orange, con las tropas holandesas y españolas, retrocedió y atrincheróse; Condé le atacó y después de reñidísimo combate, le desalojó de sus posiciones. Los imperiales, á quienes una demostración de la caballería francesa desorientó momentáneamente, llegaron al campo de batalla, comenzando entonces una tercera acción. Souches había situado sus tropas en una vertiente cortada por paredes, setos y campos de lúpulo, y los franceses no pudieron apoderarse de aquella posición. Condé no se había dado punto de reposo desde el primero al último instante y tres veces perdió el caballo que montaba; al final «no había más que el señor príncipe que tuviese ganas de batirse.» Los franceses tuvieron ocho mil bajas y los aliados once ó doce mil; la acción había sido una de las más sangrientas del siglo. Por la noche, los dos ejércitos, extenuados, se retiraron cada uno por su lado; los dos se atribuyeron la victoria y cantaron el *Tedéum*. Pero la jornada de Seneffe detuvo el avance de los aliados, quienes pusieron sitio á Audenarde, sitio que Condé les obligó á levantar. Entre aquéllos no reinaba la mejor armonía: el príncipe de Orange tachaba á los españoles y á los imperiales de demasiado pusilánimes, y ellos le tenían por temerario en demasía. Souches fué nuevamente llamado al Rhin por el emperador, y Orange, que se quedó solo, hubo de contentarse con apoderarse de Grave, á fines de octubre, después de un sitio de cuatro meses heroicamente sostenido por la guarnición francesa.

En el Rhin, Turena que, desde los primeros meses de 1674, había permanecido en el territorio de Basilea para proteger las operaciones del rey en el Franco-Condado, en cuanto tuvo la seguridad de que por este lado todo iría bien, marchó al Norte de Alsacia, hacia Haguenuau. Al otro lado de aquel río, un ejército de imperiales y de loreneses esperaba al grueso de las fuerzas imperiales que había de conducir Bournonville, quien aquel año reemplazó á Montecuculli; y el mariscal, aunque sólo disponía de quince mil hombres, decidió atacar al enemigo antes de que llegasen esos refuerzos. Al efecto, pasó el Rhin por Philippsburgo, derrotóle y le desorganizó en 16 de junio, cerca de Sinheim, al Este de aquella ciudad, y se quedó en el Palatinado devastando el país. Mas en vista de que no recibía ningún refuerzo, pues el rey acababa su conquis-

ta del Franco-Condado, y Condé, en Flandes, tenía que luchar con poderoso adversario, Turena, comprendiendo la imposibilidad de sostenerse en la orilla derecha para hacer frente a un enemigo cuyas fuerzas aumentaban de día en día, pasó nuevamente el río y se instaló entre Landau y Wissemburgo a fin de defender la frontera septentrional de Alsacia. Los imperiales entraron en la provincia por el puente de Estrasburgo, cuyo paso les había permitido la ciudad, y Turena, que salió a su encuentro, trabó, en 4 de octubre, en Entzheim, al Sudoeste de aquella, un combate que quedó indeciso. El mariscal había comenzado a recibir refuerzos que aumentaron su ejército hasta treinta mil hombres; pero las fuerzas enemigas crecían desmesuradamente, gracias a la reunión del elector de Brandeburgo y Bournonville, formando alemanes y loreneses un total de cincuenta y siete mil hombres. Turena renunció a luchar contra ellos y regresó al Norte, atrincherándose en los Vosgos, primero en Wasselonne y luego más lejos, en Dettwiller, al Este de Saverne. El enemigo es dueño de la Alsacia y hace descubiertas en Lorena, y la corte lo ve ya en Champaña. Desde el mes de agosto veíase Turena apremiado por ella para que pasase los Vosgos a fin de proteger aquella provincia, pero el mariscal había contestado que era menester «obstinarse» en permanecer en Alsacia y que «valdría más para el servicio del rey perder una batalla que pasar de nuevo las montañas.» Había formado un plan que resultó excelente. El enemigo, sin cuidarse de él, había extendido desde el Norte al Sur de Alsacia, desde Benfeld a Altkirch, y había tomado sus medidas para pasar un buen invierno. El 30 de noviembre, Turena dejó sus acantonamientos, salió de Alsacia, entró en Lorena por el desfiladero de la Petite-Pierre, siguió la falda de los Vosgos, de Norte a Sur, y después de una marcha penosísima por aquel país agreste y en aquella estación cruda, llegó al boquete de Belfort, torció hacia el Norte, atacó por la espalda los cuarteles enemigos diseminados, destruyendo muchos de ellos en Altkirch y en Mulhouse, y en Turckheim, cerca de Colmar, embistió y puso en fuga al grueso de las fuerzas reunidas. La retirada de éstas se convirtió en descalabro, y en 14 de enero los restos de aquel poderoso ejército repasaron el Rhin. Esa fue la más asombrosa campaña de Turena, que se volvía más audaz a medida que envejecía.

Luis XIV continuaba, en tanto, gestionando la paz, cosa que sorprendía a Europa. «Ignoro, escribe sir Guillermo Temple, qué necesidad tenía Francia de la paz; pero sé que la deseaba ardientemente y que en aquel invierno (1674-1675) intentó todos los medios imaginables para obtenerla, excepto aquellos que habrían puesto demasiado de manifiesto su necesidad.» Temple opina que la corte temía una invasión que habría dado a los descontentos del reino un motivo para «estallar contra el gobierno,» y en efecto, el rey, preocupado todavía por los recuerdos de la Fronda, había de temer tanto más una invasión, cuanto que las provincias del Oeste comenzaban a agitarse para oponerse a la percepción de nuevos impuestos (1). Después de disuelto el congreso de Colonia, en 1674, Luis XIV había mostrado propicio a entrar en negociaciones y

(1) Véanse págs. 151 y sigs.

contaba con la buena voluntad de Holanda, en la creencia de que aquellos burgueses deseaban tanto como él mismo la terminación de la guerra. De Estrades había gestionado cerca de su amigo Launoi, secretario de Guillermo de Orange, para saber si había algún medio de entenderse con el príncipe; pero éste, en julio, manifestó que sólo deseaba «ganar reputación.» Después de la jornada de Seneffe, de Estrades reanudó sus gestiones, pero obtuvo, en 29 de agosto, una respuesta análoga a la anterior, pero más contundente todavía: «El príncipe está convencido de que logrará más gloria y mayor ventaja continuando la guerra y apoyando a sus aliados que firmando una paz que acaso le obligue a permanecer ocioso toda su vida.» De modo que una «gloria» y una «ventaja» se oponían a la ventaja y a la gloria del rey de Francia; y el príncipe será menos acomodaticio que el rey, porque el rey es el rey y Guillermo no es más que un estatúder, un dictador circunstancial que, una vez cesadas las circunstancias, terminada la guerra y licenciadas las tropas, volverá a ser el Orange de antes. Era preciso, pues, que la guerra continuara para que se supiera quién podría sostenerla más tiempo, si Francia ó Europa.

Europa no era tan fuerte como parecía; la coalición iba mal y se preveía que los holandeses abandonarían a sus aliados si recibían algunas ventajas de Francia. El emperador quería reconquistar la Alsacia y no se preocupaba de los intereses de Holanda; Dinamarca sólo pensaba en dar satisfacción a su odio contra Suecia, y la mayoría de los príncipes alemanes en servir lo menos posible y cobrar los mayores subsidios posibles. Imperiales y brandeburgueses seguían odiándose y el príncipe de Orange no estaba de acuerdo con nadie; y al lado de las discusiones permanentes de los coligados, eran muy poca cosa los desacuerdos entre Louvois y los generales. Cada año, por lo regular, los ejércitos franceses estaban dispuestos por lo menos un mes antes que los otros, y aunque sufriesen muchas privaciones, hallábanse mejor equipados que las tropas enemigas. Colbert, apelando a ciertos recursos, por otra parte destructivos, encontraba dinero, y Condé y Turena eran los mejores generales del mundo, pudiendo sólo Montecuculli contrabalancearlos. La nota peculiar del príncipe de Orange era la constancia en los reveses que sobradas ocasiones tuvo de mostrar, puesto que casi siempre fué derrotado. En fin, nadie en los ejércitos extranjeros podía ser comparado con Vaubán, el conquistador de ciudades.

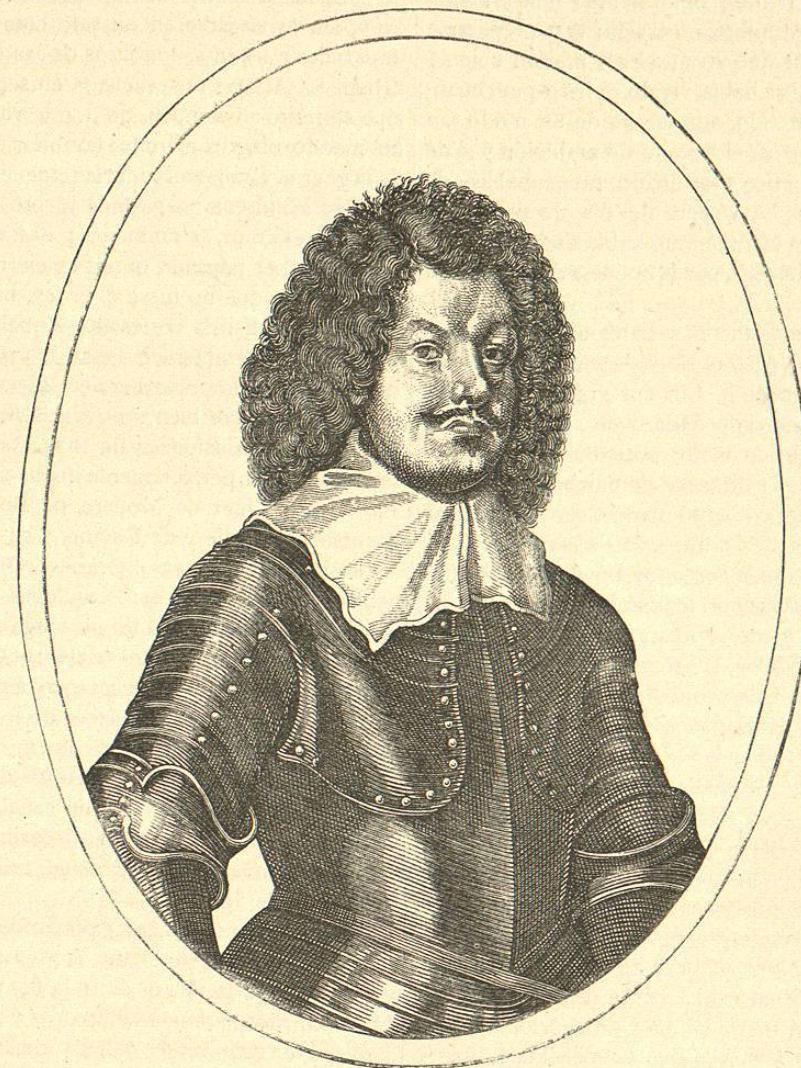
La diplomacia francesa, después de haber perdido tantos aliados, supo encontrar otros nuevos. El emperador, para vengarse de un complot tramado en 1671, había implantado un régimen de terror en Hungría, y muchos húngaros se refugiaron entonces en Transilvania, en donde la insurrección luchaba vigorosamente contra los imperiales. Luis XIV envió dinero y hombres a los insurrectos, cuyo jefe Tekeli alcanzó grandes victorias y logró, gracias a Francia, la ayuda de Polonia. Miguel Wisniowiecki, que había sido elegido rey de ese país, después de la retirada de Ladislao en 1669, había fallecido en 1674; Francia no presentó la candidatura de un príncipe francés, y el embajador de Luis XIV cerca de la Dieta electoral, Forbin, obispo de Marsella, no tuvo más misión que impedir que fuese elegido el

duque de Lorena, candidato del emperador. El obispo, que se presentó rodeado de gran pompa, precedido de músicas, escoltado por ilustres señores y con un séquito de ochenta carrozas y numerosos pajes y escuderos, llevaba dinero para pagar las pensiones de los clientes subordinados, y además treinta mil escudos para repartir a su arbitrio, y autorización para prometer hasta

macia de Francia, siempre alerta y con las armas siempre preparadas, obraba a la vez en todas partes. La guerra duró todavía cuatro años.

III.—*Los cuatro últimos años de la guerra (1675-1678)*

En 1675, Luis XIV fué a Flandes a poner sitio a va-



RAIMONDVS COM. MONTECVCVLI. S. CR. Q. M.
CONS. BEL. CAM. MARES CHAL. LOCVM TENENS.

El general Raimundo de Montecuculli. Facsímile reducido de un grabado anónimo de la época

cuatrocientas mil libras. Forbin aprobó la candidatura de un noble polaco, Sobieski, cuya esposa, María de Arquién, era francesa; y elegido éste en mayo de 1674, obligóse, por un tratado secreto y mediante subsidios, a apoyar a los descontentos de Hungría y a hacer la guerra al elector de Brandeburgo, en el ducado de Prusia. Finalmente, Suecia, que de nuevo entró en escena, envió quince mil hombres a la marca de Brandeburgo.

Mientras el emperador tenía que habérselas con Hungría y Polonia y el elector de Brandeburgo con los polacos y los suecos, Sicilia se rebelaba contra España y los insurrectos de Mesina recibían, en septiembre de 1674, socorros de algunos buques franceses. La diplo-

rias plazas, y después de haber tomado Dinant en mayo, Huy y Limburgo en junio, regresó en julio, según su costumbre, a Versalles. Los príncipes de Condé y de Orange permanecieron frente a frente en las inmediaciones de Charleroi, acechándose el uno al otro y sin querer ninguno de los dos arriesgar una batalla. Condé fué enviado en agosto al ejército del Rhin, en donde acababa de morir Turena, y Luxemburgo, que le sucedió en el mando del ejército de Flandes, tenía orden de no aventurarse. El príncipe de Orange no hizo nada serio; él y los españoles no se entendían.

En el Rhin, Turena se había encargado nuevamente, en junio, del mando del ejército; tenía entonces más de sesenta y tres años, estaba cansado y deseaba retirarse;

pero el rey le había pedido que continuase en el servicio. La señora de Sevigné refiere que el mariscal dijo al cardenal de Retz al despedirse de él: «Señor, no soy un charlatán, pero os ruego que creáis seriamente que, á no ser por estos asuntos, en los que tal vez se necesita de mí, me retiraría como vos, y os doy mi palabra de que si vuelvo de allí, no moriré cortesano, sino que, siguiendo vuestro ejemplo, pondré algún tiempo entre la vida y la muerte.» Era costumbre, en el siglo XVII, prepararse para morir, y muchos que vivían «mal» morían «bien.» Turena, que no siempre había vivido «bien,» pues cuando menos había cometido, aunque no de un modo tan escandaloso como otros, el pecado de ambición y el de amor, en el que fué poco afortunado, preocupábase de la suerte de su alma. La víspera del día de su muerte «quería confesarse y ocultamente había dado las órdenes oportunas para hacerlo por la noche,» dice la señora de Sevigné.

Turena, como hemos dicho, se había unido al ejército del Rhin en Alsacia; pasó el río y de nuevo se halló en presencia de Montecuculli. Los dos grandes caudillos continuaron la partida empeñada, y en 27 de julio, Turena, considerándose en mejor posición que el adversario, resolvió atacar á éste cerca de Salzbach. Mientras practicaba un reconocimiento para elegir el sitio en donde instalar una batería, una bala de cañón lo mató. Puede decirse que esa muerte fué un duelo nacional: Francia amaba en «el señor mariscal» al hombre cuya sencillez, modestia y aire embarazado cautivaban, en medio de tantos modelos de arrogancia; al general amigo del soldado cuya vida economizaba todo lo posible, y por encima de todo al vencedor que el año antes la había salvado de un peligro y de una vergüenza.

La corte quedó consternada, algunos cortesanos lloraron y Bossuet «creyó desmayarse;» pero pronto se comprendió que no había que llorar demasiado. Cierta que había muerto Turena, mas ¿no quedaba por ventura el rey? Éste, «cuando estaba solo, meditaba y se concentraba,» dice la señora de Sevigné; se daba perfecta cuenta de la pérdida que acababa de experimentar, pero pocas veces estaba solo y á la señora de Montespan no le agradaba la gente triste. El día 7 de agosto, la señora de Sevigné escribía á su hija que «la pérdida del héroe ha sido olvidada pronto en esta casa» de Versalles, lo cual «es escandaloso.» Y tanto se había olvidado, que era muy expuesto mostrarse disgustado. «¿Sabéis, decía también la marquesa, que necesitaríamos una clave?» Por lo demás, ni por un momento pensó Luis XIV en correr á la frontera amenazada, como lo habría hecho si hubiese tenido el alma de soldado; en vez de ello, dedicóse á escribir cartas.

Después de la muerte de Turena, su sobrino, de Lorges, dirigió la retirada hacia el Rhin, y atacado en el puente de Altenheim por Montecuculli, lo rechazó, pasó el río y entró en Alsacia; pero Montecuculli penetró también en la provincia por el puente de Estrasburgo. En el país de Tréveris, Crequi se dejó sorprender, en 11 de agosto, en Consarbruck, por el ejército del duque de Lorena que operaba contra la capital y, salvándose de una derrota, corrió á encerrarse en la ciudad y se defendió en ella valerosamente; pero una sedición militar entregó la plaza al enemigo. Nuestra frontera del Este quedaba desamparada, siendo gran suerte para Francia que

Brandeburgo y Múnster se hallasen entonces entretenidas en la guerra contra Suecia, que Hungría distrajesen gran número de soldados imperiales y que el ejército lorenés se desbandase, por haber muerto el anciano duque en el momento en que creía entrar al fin nuevamente en su ducado.

Condé, que en agosto llegó á Alsacia con la misión de contener á Montecuculli, operó con mucha prudencia y, sin arriesgarse en un solo combate, obligó á los imperiales á levantar los sitios de las ciudades que atacaban. La Alsacia fué evacuada en septiembre y el príncipe se retiró á Chantilli, de donde ya no salió más. Ya no mandó ningún ejército; también él estaba cansado de la guerra. Era joven todavía (cincuenta y cuatro años) pero su salud estaba gastada lo propio que sus sentimientos, el amor, la ambición y hasta el orgullo, y después de haber pensado quizás en ciertos momentos que no era justo que no fuese él el rey, habíase convertido en un humildísimo cortesano. Aquel impetuoso, cuyo rasgo militar característico eran la audacia en el campo de batalla y el impulso heroico, aunque, por otra parte demostró conocer bien todo lo relativo á la guerra, complacíase en curiosidades de toda clase. Agradábale el ingenio y sabía perfectamente lo que significaba tenerlo; fué un buen juez de Moliere, de Boileau, de La Fontaine, de Corneille y de Racine, y su ardor se despertaba en las controversias literarias, en las que no le gustaba que le contradijesen: «Siempre seré de la opinión del señor príncipe, cuando no tenga razón,» decía Boileau. Vivió hasta diciembre de 1686, lejos del rey, á quien visitó muy pocas veces, pero á quien de lejos adoraba, cuidando de los intereses de los suyos, de su hijo Enrique y de su nieto Luis, quien, en 1685, se casará con la señorita de Nantes, bastarda del rey, matrimonio que el príncipe estimará como señalado honor. Al fin, él también quiso tomar sus disposiciones para el gran misterio; convertido por Bossuet, morirá con los sacramentos de la Iglesia.

Grandes acontecimientos preparábanse, al parecer, en el Mediterráneo para el año 1675. En 1.º de enero, una escuadra, que pasó por entre la flota española, desembarcó en Mesina cinco compañías y varios oficiales que habían de organizar la defensa de la ciudad. Después de esto, decidióse realizar una gran expedición naval, á instancias sin duda de Colbert y de Seignelai, que querían ocupación y gloria para la poderosa escuadra por ellos organizada. Vivonne, hermano de la señora de Montespan, jefe de la expedición, forzó en febrero la entrada del puerto de Mesina; mas no tardó en comprender que no podría contar con los mesineses, los cuales pretendían que se les defendiese, pero sin hacer ellos nada por su parte. Los holandeses, en tanto, habían enviado al Mediterráneo una escuadra mandada por Ruyter; Francia envió otra á las órdenes de Du Quesne, un viejo lobo de mar de sesenta y seis años que había empezado siendo pirata y entrado luego en la marina en tiempo de Richelieu. Pasó después á servir en la marina sueca, regresó á Francia en 1647 y, durante los desórdenes de la Fronda, armó por su propia autoridad una escuadra é impidió que los ingleses socorrieran Burdeos, sublevada contra el rey. Al comenzar la guerra de Holanda, sirvió á las órdenes del conde de Estrées, y aunque por su humilde cuna, por su condición de pro-

testante y por su mal carácter ascendía lentamente, había llegado á teniente general. Colbert, á pesar de tenerle en gran estima, temía su encuentro con Ruyter: estaba satisfecho del estado de nuestras fuerzas marítimas; oponía á la flota holandesa y española (veintidós navíos holandeses, catorce españoles y diez y nueve galeras) treinta navíos, diez brulotes y veinticuatro galeras; creía que nuestros buques estaban mejor armados, equipados y mandados que los holandeses y, con mayor razón, que los españoles; y de todo ello deducía que la flota del rey debía necesariamente derrotar «á todo lo que pueda presentarse en el Mediterráneo;» pero desgraciadamente, decía á Seignelai en julio de 1675, no podía establecer comparación alguna «entre la cabeza y el corazón de Du Quesne y los de Ruyter.» Du Quesne había de demostrar al año siguiente que la comparación no le era tan desfavorable como Colbert pensaba.

En 1676, los ejércitos franceses dirigieron su principal esfuerzo contra España. En abril llegaron á Flandes el rey y Monsieur, tomando el primero, el día 26, la ciudad de Condé y atacando el segundo Bouchain el 2 de mayo. Luis XIV mandaba el ejército que protegía á las fuerzas sitiadores de esa última ciudad, amenazadas por el príncipe de Orange, y el ejército de éste y el del rey se encontraron en Dinán, entre Valenciennes y Bouchain, tan cerca uno de otro, que pareció inminente una batalla. Celebró el monarca consejo en el que sólo un general propuso el ataque inmediato, siendo de opinión contraria los demás; el rey, según su costumbre, siguió á «la pluralidad,» diciendo: «como todos tenéis más experiencia que yo, cedo, pero con disgusto.» Tampoco atacó Orange, quien fué por ello muy censurado, como lo fué también Luis XIV por haber desperdiciado la ocasión de obtener una victoria. En aquella guerra que se desarrollaba con tanta lentitud, los dos adversarios tenían miedo de un acontecimiento decisivo; pero Luis XIV lamentó más tarde, y lo confesó, haber seguido los consejos de la prudencia, pues no dejaba de comprender cuán extraño resulta que un rey que se ha pasado la vida guerreando, no se haya hallado nunca en una batalla y se haya limitado á ser un conquistador de ciudades. Bien es verdad que su presencia y el temor de exponer á una majestad como la suya á los azares de un combate tenían cohibidos á sus generales, de suerte que Luis XIV habría obrado mucho mejor quedándose en su palacio. Después de la toma de Bouchain permaneció todavía en Flandes, viajando é inspeccionando las fortificaciones, hasta el mes de julio en que se marchó. Los sitios continuaron; el príncipe de Orange atacó á Maestricht y los franceses pusieron cerco á Aire, á fin de jugar al ajedrez, según decía la señora de Sevigné, pues en el caso de que Maestricht sucumbiera, todo se reduciría á perder cada uno una pieza quedando por lo mismo iguales. Y añade aquella escritora: «Hubo en otros tiempos un loco que, en un caso análogo, decía: Cambiad vuestras piezas á las buenas, con lo cual os ahorraréis algunos hombres. En esta frase encerrábase mucha sabiduría.»

Aire fué tomada en julio, pero el príncipe de Orange no pudo apoderarse de Maestricht. El rey, que hubiera deseado alguna empresa en Flandes, la pedía á Louvois, diciéndole: «Pensad en todo lo que será posible; dad-

me vuestro parecer; preparad todo lo que pueda ser necesario y no olvidéis nada de lo que puede hacerse;» añadía, no obstante: «sin arriesgar demasiado,» y terminaba con estas palabras: «En fin, no digo nada positivo, pero tengo muchas ganas de que se haga algo con prudencia.» Deseaba alcanzar «alguna gran victoria,» porque «en este caso, decía, hablaré con más atrevimiento que ahora;» mas, por otra parte, «cualquiera desgracia que pudiese acaecer traería consigo muchas otras.» Pensando en la lucha entablada en Flandes, en el Rhin, en el Mediterráneo y en los mares remotos, escribía: «Hay tantas cosas grandes emprendidas por todos lados que miro con mucha atención y con mucha inquietud en el fondo, aunque parece que estoy muy tranquilo.»

La campaña del Rhin en 1676 fué muy mediana; Luxemburgo no pudo impedir que los imperiales se apoderasen de Philippsburgo, á pesar de haberse defendido la guarnición hasta el último trance, y la ciudad, cuyo puente tenía gran valor estratégico, capituló en 17 de septiembre.

Por mar hubo grandes operaciones. En 8 de enero, Du Quesne presentó batalla á Ruyter entre las islas Salina y Stromboli; el caudillo holandés declaró que nunca se había hallado en un «combate tan rudo,» pero la acción quedó indecisa. En 22 de abril, Du Quesne derrotó á la flota española y á la holandesa, á la vista de Aosta; Ruyter, herido en aquella batalla, murió pocos días después. En 2 de junio, los franceses alcanzaron una nueva victoria en Palermo. Fué aquel uno de esos momentos raros en que se vislumbra que Francia, si hubiera querido, habría podido reinar en el mar. Colbert había dirigido las salidas de las escuadras y de los convoyes con su acostumbrada actividad ansiosa, apremiando á los rezagados y exagerándose «la extremada impaciencia de Su Majestad.» En noviembre esperaba una nueva campaña gloriosa y enviaba á su hijo Seignelai á inspeccionar los puertos de Marsella y de Tolón.

En el entretanto, habíanse reanudado las negociaciones para la paz, que nadie deseaba tan sinceramente como el apuradísimo rey de Inglaterra. Éste había ofrecido su mediación, y habiéndola aceptado Luis XIV y Holanda, convínose en reunir un congreso en Nimega; pero á fines de 1676 aún no habían llegado á aquella ciudad todos los plenipotenciarios y el congreso no había podido resolver más que algunas cuestiones de protocolo. Todo parecía indicar que Francia lograría allí las satisfacciones que deseaba: el rey Carlos, el mediador, le era adicto, pues en febrero de 1676 y después de los regateos de costumbre, Luis XIV y él se habían prometido mantener su estrecha amistad; por otra parte, el patricio holandés, sabedor de que Francia le ofrecería buenas condiciones, sentíase muy inclinado á aceptar la proposición de un tratado secreto que le hacía el monarca, se quejaba del «abrumamiento» de aquella guerra, siempre mal dirigida, y temía que el rey consumara la conquista de Flandes que luego nadie le podría arrancar. El gran pensionario Fagel explicaba á W. Temple, «con acento triste y grave,» que, puesto que Holanda no podía evitar tal desgracia, valía más que se resignase á ella llegando á un acuerdo con Francia, que no que se expusiese voluntariamente, después de conquistada Flandes, á una nueva invasión que podría ser